

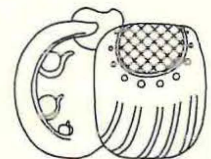
En este número:

Editorial	2
En nuestra portada	3
El descubrimiento de la tumba en Palenque (Segunda parte)	4
Pakal II, figura de culto de la dinastía palencana	10
Noticias	15

Editorial

En el número anterior de nuestro boletín publicamos la primera parte de “El descubrimiento de la tumba de Palenque” artículo que el periodista mexicano Fernando Benítez escribió en 1955. La narración del maestro Benítez nos ofreció una vívida imagen de las exploraciones que Alberto Ruz practicó en el Templo de las Inscripciones, labor iniciada en 1949. Fue en ese año cuando Ruz descubrió, sobre el piso del santuario, el acceso de un pasaje abovedado que descendía dentro de las entrañas del edificio. El pasaje estaba bloqueado por toneladas de rocas y tierra; la tarea de desalojar todo ese material se prolongó durante tres años, hasta 1952, cuando Ruz descubrió la gran cámara funeraria del gobernante K'inich Janaab' Pakal. En esta segunda parte reanudamos la narración de Benítez, justamente cuando nos describe los momentos culminantes del gran hallazgo. A través de su rica prosa (no exenta además de buen humor), nuestros lectores serán testigos de cómo fue develado el secreto que encerraba el Templo de las Inscripciones.

El descubrimiento de Ruz abrió un caudal de información arqueológica que modificó sustancialmente nuestras interpretaciones sobre las costumbres funerarias imperantes en Palenque y, en términos generales, de las ciudades mayas del periodo Clásico. Hoy sabemos que el Templo de las Inscripciones no solamente fue planeado como un simple edificio funerario, sino también como un espacio de culto consagrado a la veneración de K'inich Janaab' Pakal. El artículo “Pakal II, figura de culto de la dinastía palencana”, de Guillermo Bernal, aborda algunas creencias que los sucesores de dicho gobernante desarrollaron en torno a la figura sacralizada de éste.



En nuestra portada :



Esta figurilla modelada en barro muestra a un dignatario palencano sobriamente ataviado con un paño de cadera y una diadema delgada. Dueño de una actitud airosa y solemne, el personaje gira grácilmente el cuello y proyecta su mirada hacia arriba. Se encuentra sentado sobre una banca sostenida por cuatro soportes de forma trapezoidal. Es probable que no represente a un gobernante principal, sino más bien a un noble de rango intermedio. La calidad técnica y estilística de esta pieza pone de relieve el talento de los ceramistas palencanos y su sensible inclinación por plasmar el cuerpo humano en forma naturalista.

R. L. B.

G. B.



Figurilla masculina, sedente. Fue localizada en el Templo V del Grupo Norte de Palenque durante la temporada 1992 del Proyecto Especial Palenque, INAH. Mide 9.5 de alto por 6.5 cm de ancho. Periodo Clásico Tardío (600-900 d. C.)

CONACULTA • INAH

Directorio

Sari Bermúdez

Presidenta del Consejo Nacional
para la Cultura y las Artes

Etnigo. Raúl Sergio Arroyo García
Director General del Instituto Nacional de
Antropología e Historia

Dr. Moisés Rosas Silva
Secretario Técnico del INAH

Dr. Alejandro Martínez Muriel
Coordinador Nacional de Arqueología

Arq. José Enrique Ortíz Lanz
Coordinador Nacional de Museos y
Exposiciones

Arq. Laura Pescador Cantón
Directora del Centro INAH Chiapas

L.A.E. Juan Antonio Ferrer Aguilar
Director de las Zonas Arqueológicas de
Palenque, Bonampak y Yaxchilán

Arq. Roberto López Bravo
Director del Museo de Sitio
"Dr. Alberto Ruz L'Huillier"

Hist. Dory C. Mac Donal Vera
Hist. Guillermo Bernal Romero
Responsables editoriales

El descubrimiento de la tumba en Palenque (Segunda y última parte)

Fernando Benítez



En 1952, después de tres años de dudas e incertidumbres, el arqueólogo Alberto Ruz llegó al final del pasaje escalonado que conduce a la tumba del Templo de las Inscripciones. Largas estalactitas colgaban del techo de la cámara funeraria, dando al recinto un aspecto sobrenatural.

Y todavía hubo que esperar 2 días interminables. En el breve espacio del corredor, mediante cuerdas y palancas, sin aire, sudando a chorros, tropezándose y estorbándose, los obreros lograron remover la losa triangular y la entrada quedó libre. Era el 15 de junio de 1952. “Entré a la misteriosa cámara -dice Ruz- con la extraña sensación de ser el primero que pisaba los escalones de la entrada en mil años.

Traté de verla con los mismos ojos con que la vieron los sacerdotes de Palenque al dejar la cripta; quería borrar los siglos y escuchar la vibración de las últimas voces humanas; me esforzaba en comprender el mensaje que los antiguos mayas nos habían dejado inviolado. Al través del impenetrable velo del tiempo, buscaba el imposible lazo de unión entre sus vidas y las nuestras”.

Nueve sacerdotes, los nueve señores de la noche y de los nueve mundos inferiores -el último está gobernado por Ah Puch el tétrico señor de la muerte- esculpidos en las paredes, parecían desfilar silenciosos, con sus penachos flotantes, sus pesadas insignias y sus collares de tibios y oscuros jades. El agua de la lluvia, filtrándose por los flancos derruidos de la pirámide había alterado algunos rasgos, desvaneciendo perfiles y ornamentos al mismo tiempo que sobre ellos tejía su dibujo invernal. Las estalactitas escurrían a lo largo de sus capas suntuosas, resbalaban, como pesados copos de nieve en sus tocados ceremoniales, y sus carámbanos fingían barbas caprichosas, hacían brotar delgados tallos en las frentes y rodeaban las figuras de finas agujas, de troncos esbeltos y de formaciones delicadas. El cincel de la naturaleza había colaborado con el hombre creando a su vez un conjunto escultórico que acentuaba el vigoroso realismo de los personajes. Al través de las formas minerales, el vivo párpado, la boca de gruesos labios sensuales, la dignidad y el severo dolor de las altivas figuras cobraban un sentido más profundo. En el centro de la abovedada cámara, un sólido bloque monolítico servía de base a una losa amarillenta de 8 metros cuadrados, que casi llenaba la cripta. Daba la impresión de estar recién esculpida. Su grandiosa superficie irregular contenía un mundo de símbolos y figuras capaces de enloquecer al más sereno de los arqueólogos.

“Patrón, ¿usted puede descifrar esos dibujos?”
 -preguntó el curioso Guadalupe Pech refiriéndose a los 54 jeroglíficos que mostraba esculpidos en sus bordes.

“Sólo las fechas -contestó Ruz. En ésta puede leerse el año 603 D. C. y en esta otra, enero 27 de 633 D. C. El 27 de enero es también el día de mi cumpleaños”.



El sarcófago de Pakal II estaba cerrado por una gran lápida esculpida en piedra caliza. La escena muestra al gobernante, personificado como el dios K'awiil, deidad patrona del maíz y de la agricultura en general.

En la parte inferior -la que mira a la escalera de entrada- se admiraba el dibujo del Monstruo de la Tierra, la deidad que devora a los muertos y es al mismo tiempo cuna de la vida, con su nariz descarnada y su corona en que los símbolos de la fecundidad y de la destrucción se combinan.

Echado hacia atrás, la cabeza levantada y las piernas encogidas -casi como una mujer dis-



El 26 de noviembre de 1952, Ruz ordenó que fuese levantada la lápida esculpida. La imagen muestra a Alberto Ruz durante la exploración de la parte superior del sarcófago. Obsérvense los soportes de madera y gatos mecánicos utilizados para levantar la pesada losa monolítica.

puesta a la entrega- el joven Dios del Maíz está sentado sobre el Dios de la Tierra. Encima de su cuerpo, un signo en forma de cruz se levanta. Sus brazos, terminan en dos fauces de serpiente de las que brotan pequeños seres mitológicos y la remata un quetzal de plumas retorcidas que lleva la máscara de Chaak.

A la suntuosa cámara, había que sumar unos pendientes y numerosos fragmentos de un disco de jade, 2 vasos tripodes y 2 cilíndricos de arcilla, y ante todo, 2 cabezas de estuco arrancadas por los sacerdotes a unas estatuas todavía no localizadas y que dejaron en el último momento bajo el bloque monolítico de la cripta. En estas cabezas, pintadas con el rojo color de la muerte, puede verse, sin deformaciones, el tipo de belleza que hace un milenio, se creó, de una manera autónoma, en los altos bosques lluviosos del Usumacinta. La curva nariz que arranca artificialmente en medio de la frente aplanada, los ojos oblicuos, la boca de labios entreabiertos, los pómulos señalados con suavidad, la grave, digna y misteriosa luz que baña los rostros unida a la elegancia del tocado, conforman los rasgos

singulares de un espíritu que logró vencer -no para siempre- el adverso medio que lo circundaba.

Quedaba por descorrer el último velo del misterio. ¿El bloque monolítico -medía un metro de altura, 2.10 de ancho y 3 de largo- no guardaría un secreto? ¿Era, dicho en otras palabras, la base de un altar, o sencillamente y aunque se rompieran todos los precedentes, un verdadero sarcófago? El dilema, así planteado, no pudo resolverse al finalizar la cuarta temporada. Las lluvias habían llegado; sobre la selva intransitable imperaba Chaak y lo que era todavía peor, el agua se filtraba en la cámara empapando los muros y escurriendo por las estalactitas. La humedad y el calor eran insostenibles. Ruz regresó a su casa victorioso y a la primera señal de que el tiempo escampaba, en noviembre, apareció en el alto vestíbulo del Templo de las Inscripciones: -- "El día 26 de noviembre -exclama Ruz- quedará fijo en mi memoria". A las 6 de la mañana, los trabajadores, armados de hachas y serruchos, salieron al bosque. El barí, el hermoso

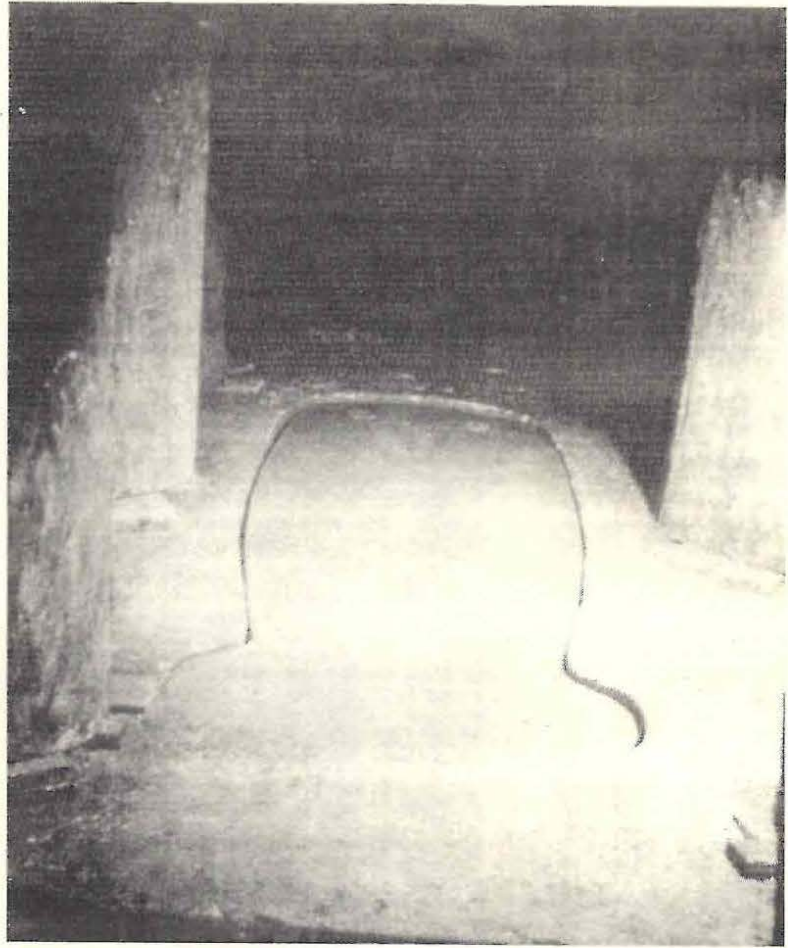
árbol de compacta y sólida madera, caía al suelo con estrépito, ahuyentando a los monos y a las aves. Luego hubo necesidad de arrastrar los troncos por los caminos cenagosos y llevarlos a la cripta. En la tarde todo se hallaba listo para la magna apertura [del sarcófago]. Los gatos, descansando en gruesas vigas de barí se apoyaban en los bordes inferiores de la losa. Ruz había perdido el sentido del tiempo. Ignoraba si era de día o de noche y se movía de un lado para otro inspeccionándolo todo.

“Muchachos -ordenó- vamos a principiar”.

El sobrestante Agustín Álvarez que no se hallaba dominado por la fiebre arqueológica protestó débilmente: “Patrón, son las 6 de la tarde y los hombres han trabajado 12 horas sin probar bocado. ¿No sería mejor dejarlo para mañana?”.

“De ninguna manera. Hoy llegaremos hasta el fin -respondió Alberto Ruz in- conmovible. Manda por tortillas, frijoles y café para todos”.

Reanimados los obreros, comenzaron a mover las palancas. La losa subía despacio sostenida por trozos de madera, ante la posible emergencia de que los gatos resbalaran. La cara posterior, ya visible, ofrecía una superficie cuidadosamente alisada y bruñida. En el silencio de la cripta podían oírse las respiraciones agitadas. La losa continuaba su ascenso. A poco, quedó visible una cubierta, igualmente bruñida aunque más pequeña. Una línea curva que remataba en una redonda cola de pescado -la forma inconfundible del sarcófago- con dos agujeros cubiertos con tapones de piedra apareció ante los ojos ávidos de Ruz. No podía aguantar más. Deslizándose bajo la losa quitó los tapones, proyectó la luz de su lámpara al través del agujero descubierto y miró ansiosamente por el otro. “La primera impresión fue la de contemplar un mosaico en

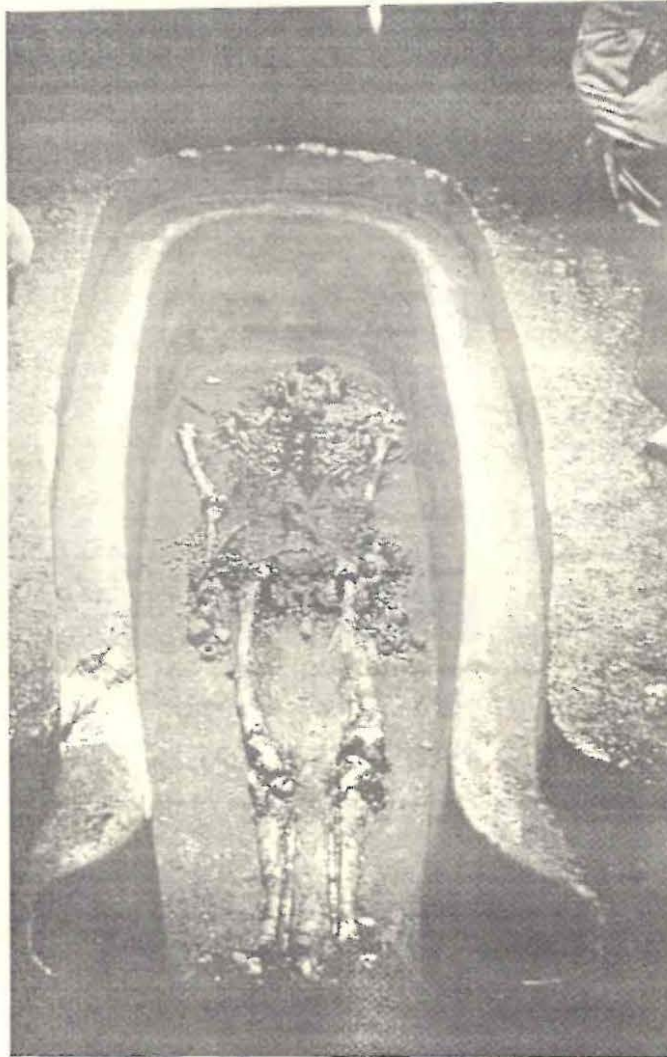


Una nueva sorpresa. El último sello del sarcófago era una tapa de piedra finamente recortada. Su curiosa silueta, en forma de pescadito, recuerda a algunos signos mayas que denotan al mundo subterráneo.

verde, blanco y rojo. Más tarde el mosaico se descompuso en detalles -ornamentos de verde jade, huesos y dientes pintados de rojo y fragmentos de una máscara. Estaba mirando la destruida figura del hombre para quien toda esa obra estupenda -la cripta, las esculturas, la escalera, la gran pirámide y el templo que la coronaba- había sido construida, los restos mortales de uno de los hombres -me dice- más encumbrados de Palenque. Ese bloque por tanto era un sarcófago, el primero que se hubiera encontrado nunca en una pirámide”. La losa, entretanto, había subido lo suficiente para que pudiera abrirse la segunda tapa y el señor palencano, después de mil años de permanecer ignorado apareció en su duro lecho de piedra. Se hallaba tendido de espaldas; los brazos, separados del tronco, descansaban a los costados, y las piernas de rodillas abulta-

das y recios huesos se extendían quebradas, pero aun conservando algo de su fortaleza, a lo largo del sarcófago; la cabeza vencida por el peso de la máscara se había inclinado y entre los fragmentos asomaban los largos dientes intactos -no tenía incrustaciones, lo cual era extraño en un adulto de elevado rango- y la quijada voluntariosa. Lo demás -la oscura columna vertebral, la pelvis, las costillas- yacían revueltos y carcomidos entre las orejas, el collar deshecho, los 10 anillos -uno para cada dedo- y los brazaletes de jade. En el lugar del sexo, en cada mano, en cada pie y en la boca, mostraba preciosos ornamentos de jade. De las suntuosas vestiduras no quedaba ni rastro. Ah Puch lo había desordenado todo, lo mismo huesos que joyas, y el nombre, las hazañas, las virtudes de aquel gran príncipe, se habían hundido para siempre en el noveno mundo inferior gobernado por el señor de la muerte.

Más tarde, al ser medidos los huesos, no obstante su avanzada destrucción, revelaron la existencia de un hombre vigoroso, en plena madurez -tendría de 40 a 50 años- y de una estatura muy superior a la de sus descendientes los actuales mayas. La máscara, montada de nuevo bajo la dirección de Ruz, a su vez nos presenta una fina cabeza de ojos penetrantes.



Al retirar la tapa del sarcófago quedaron a la vista los restos de Pakal II, totalmente cubiertos de cinabrio y acompañados de una extraordinaria cantidad de ornamentos de jade que formaban parte de su atuendo funerario.

El espíritu de este gran señor no siempre permaneció aislado en su tumba. Cuando Ruz inició sus atrevidas exploraciones, le extrañó encontrar una moldura hueca que unida a la losa perforada del vestíbulo, descendía por el muro de la escalera. Este pequeño drama secundario, para el cual no se halló

una explicación razonable, pudo ser aclarado al descubrirse la tumba. Los sacerdotes, ante alguna seria amenaza o quizá de un modo voluntario, habían decidido mantener la cripta en el misterio. Era la última vez que se hallaban reunidos en la cámara mortuoria y había que decirle adiós al amado señor que los gobernara. Uno de ellos, rompió entonces, sobre el árbol de la vida, esculpido en la losa funeraria un mosaico de jade y las cabezas fueron depositadas bajo el sarcófago. La losa triangular, al final del pasillo, cubrió la entrada. Los cuerpos de los 6 jóvenes sacrificados quedaron frente a la cámara para que sirvieran de eternos compañeros al príncipe en el otro mundo y las

pedras, la cal y la tierra principiaron a llenar la escalera. Pero, ¿cómo resignarse a cortar toda comunicación con el difunto? ¿Cómo renunciar al inefable consuelo de su guía y de sus consejos? ¿Era posible siquiera concebir que el lazo espiritual tendido

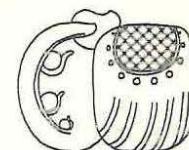
entre el sagrado muerto y los desvalidos supervivientes quedara roto para siempre? De ningún modo. Para ello a medida que se obstruía la escalera, los sacerdotes construyeron un conducto que partiendo del sarcófago en forma de serpiente, atravesando pasillos y escaleras, desembocara en la losa del vestíbulo que cubría el pasaje subterráneo. Y aquel era un tercer indicio, una tercera pista desechada por la ciencia a causa de la peculiaridad de su naturaleza. Teléfono espiritual, tubo de mensajes archisecretos, hilo telegráfico de ultratumba, mereció ser bautizado con el nombre - todavía no se consigna en los manuales arqueológicos - de conducto psíquico, designación un tanto somera, aunque tenga la ventaja de suavizar su fuerte olor macabro.

Resumiendo las impresiones de su hallazgo dice Ruz Lhuillier: "Es natural que el Templo de las Inscripciones, su cripta y su sarcófago, sugieran las pirámides de Egipto, erigidas como sepulcro de los Faraones, pero no debemos olvidar tampoco que fueron construidas 3,000 años antes que la de Palenque. Yo he señalado las numerosas semejanzas que existen entre las creaciones mayas y las de Cambodia en Indochina. ¿El hombre enterrado en Palenque era un cambodio venido de Asia? Bueno, ¡quién sabe! Yo creo que este hecho no es imposible para los que creen firmemente en los contactos transpacíficos. Para mí, justamente fue un gran jefe de Palenque, la gran ciudad maya. La naturaleza humana es muy semejante en todo el mundo y dadas condiciones similares, sus reacciones y sus obras deben ser, de alguna



Debajo del sarcófago de Pakal II, Alberto Ruz localizó esta cabeza modelada en estuco que muestra los rasgos fisonómicos típicos de dicho gobernante. El arreglo del cabello es característico del Dios del Maíz, entidad a la que Pakal personificó al momento de su muerte.

manera, las mismas. Evolución paralela y no difusión, este es mi punto de vista".



Pakal II, figura de culto de la dinastía palencana

Guillermo Bernal Romero
Museo de Sitio de Palenque, INAH

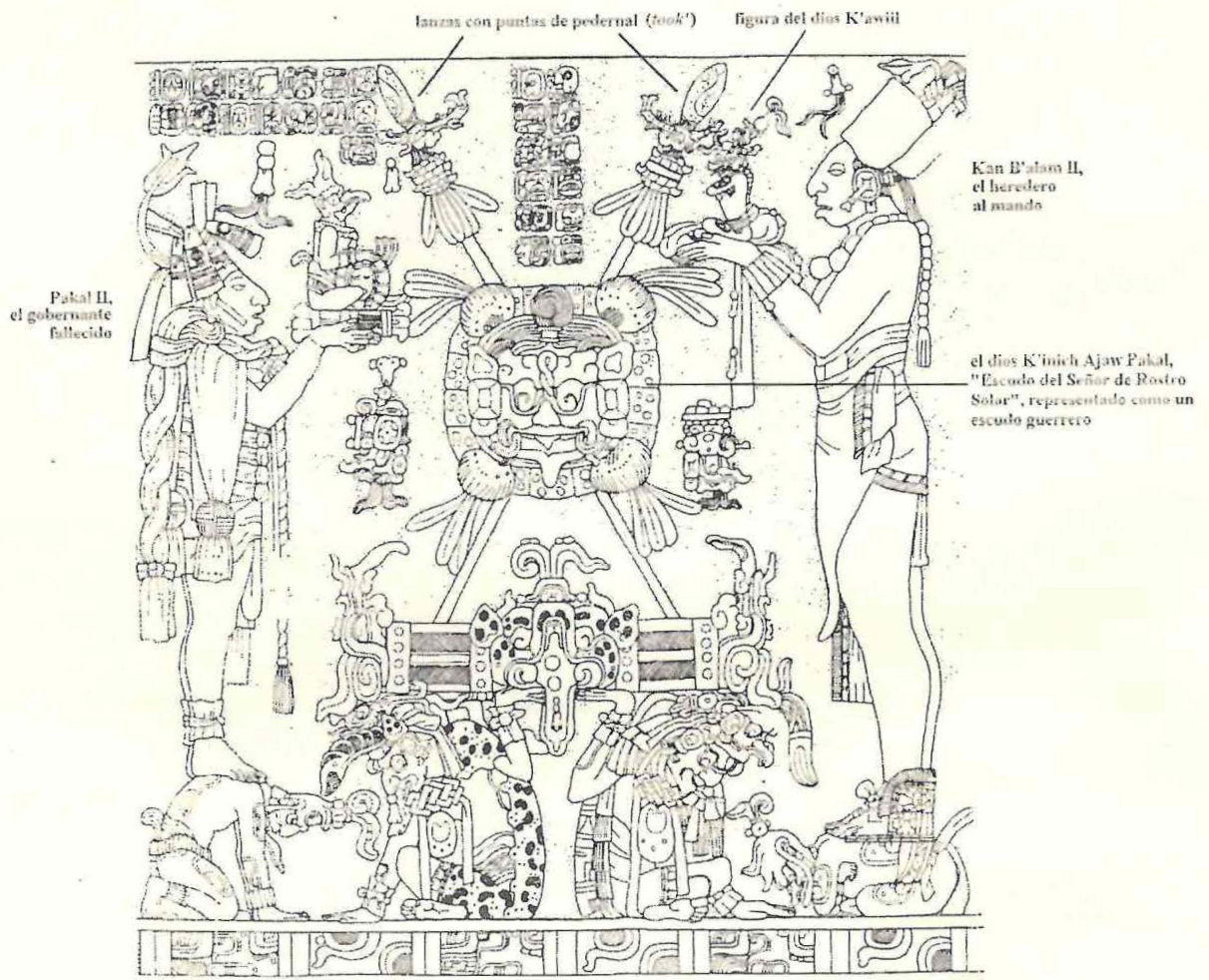


Figura 1. El Tablero del Templo del Sol muestra una ceremonia que, con motivo de entronización en 684, realizó el gobernante palencano Kan B'alam II. Acompañado por Pakal II, su padre, fallecido en 683, el nuevo jerarca realizó un culto en honor de *K'inich Ajaw Pakal*, "Escudo del Señor de Rostro Solar", dios del mundo subterráneo y patrono de las actividades bélicas, aquí justamente representado como un escudo guerrero. Dibujo de Linda Schele.

Para Rafael Velázquez (1959-2003)

El 28 de agosto del año 683 d. C. fue una fecha de peculiar importancia dentro de la historia dinástica de Palenque. Después de un largo reinado de 68 años, ese día falleció el gobernante local *K'inich Janaab' Pakal*, quien había accedido al mando en 615.

El poderío político de la capital palencana sentó sus bases desde tiempo atrás, pero es

indudable que el reinado de Pakal marcó un periodo eminente de su influencia regional. Como un signo de su consolidación política y económica, fue en esa época cuando Palenque también tuvo su primer gran auge artístico y cultural. La construcción del gran Templo de las Inscripciones sintetiza esa época de esplendor. Este notable edificio tuvo el propósito expreso de albergar los restos mortales de Pakal y de servir como un

santuario para venerar su memoria.

Los antiguos mayas creían que los antepasados podían seguir velando por el bienestar de sus descendientes, actuando como enlaces entre los hombres y los dioses. Más aún, de acuerdo con estas creencias, los antepasados eventualmente podían manifestarse en ocasiones importantes, tales como las ceremonias de entronización de un nuevo gobernante.

El 7 de enero de 684, cuatro meses después del fallecimiento de Pakal, accedió al mando K'inich Kan B'alam, su hijo primogénito, quien ese día realizó una serie de ritos en honor de los tres dioses patronos de la ciudad: GI, el dios Celeste, K'awiil, deidad de la agricultura y K'inich Ajaw Pakal; "Escudo del Señor de Rostro Solar". Algunos episodios de estas ceremonias quedaron representadas en los tableros de los templos de la Cruz, Cruz Foliateda y Sol, edificios dedicados al culto de esas entidades.

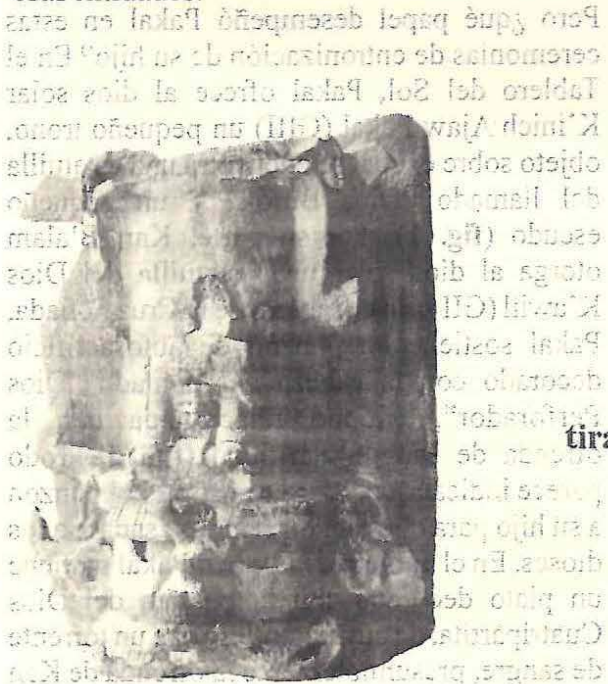


Figura 3. *Izquierda:* El portaincensario del museo del Centro Cultural de los Altos muestra a un dignatario sentado sobre un mascarón del "Dios de la Montaña"; *derecha:* detalle del vendaje funerario. Fotos del autor

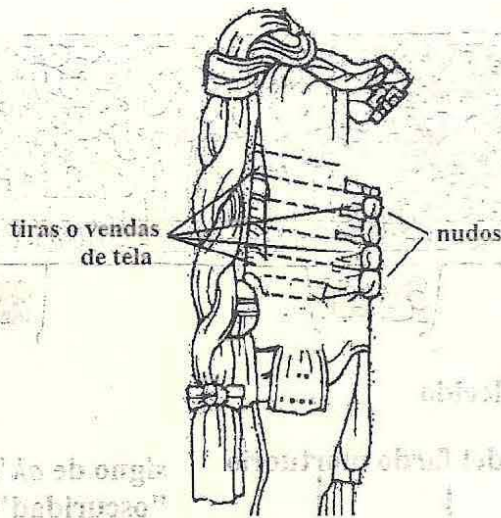
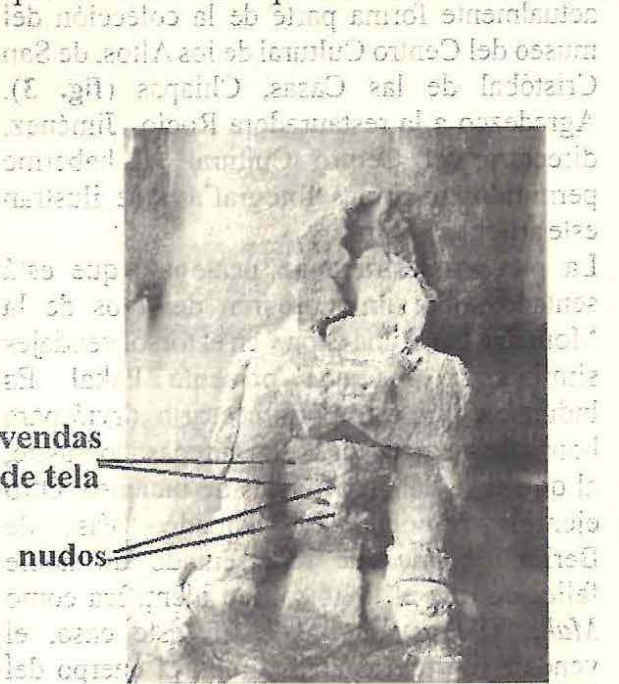


Figura 2. Detalle de las vendas y nudos que sujetan el pecho y abdomen de Pakal II.

de que ya estaba fallecido, Pakal II fue representado con un atavío mortuario. Elementos típicos de ese atuendo son las bandas de tela trenzada que caen sobre su espalda y, sobre todo, una serie de tiras o vendas que, amarradas con grandes nudos, le sujetan el pecho y el abdomen. (Fig. 2)

Existen varios ejemplos iconográficos de estos vendajes funerarios mayas: uno de ellos proviene de un portaincensario cilíndrico



Las escenas de los tres tableros muestran a Kan B'alam acompañado por otro personaje de menor estatura, por ejemplo, en el Tablero del Sol (fig. 1). Algunos autores identifican a este personaje como el propio Kan B'alam, representado como un niño. No obstante, tal como lo planteó Linda Schele desde hace tres décadas, se trata de Pakal II, lo cual ciertamente resulta más viable. En virtud

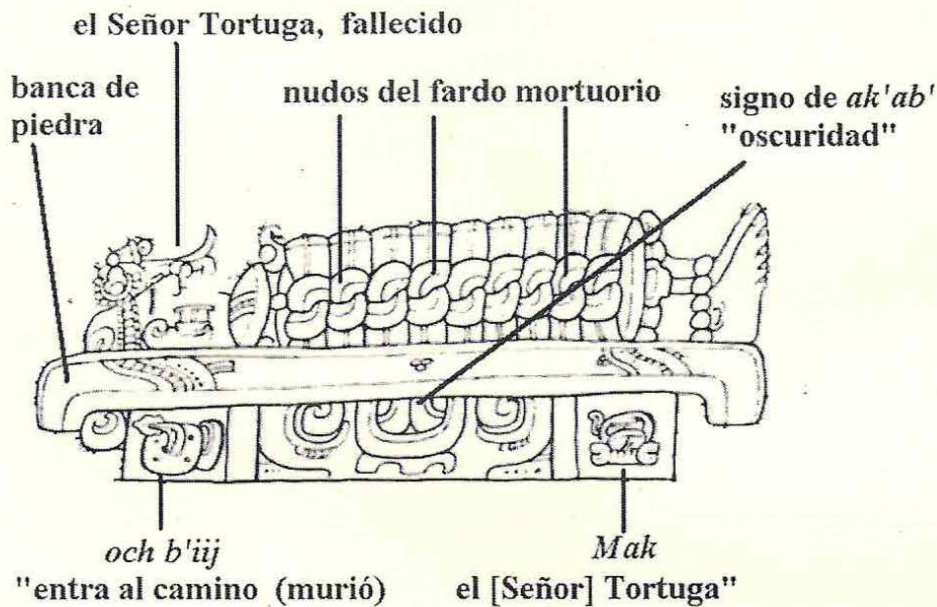
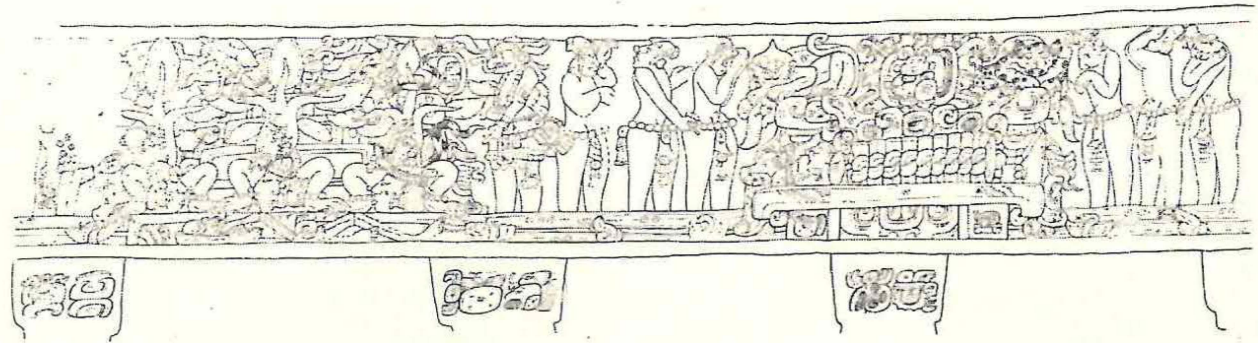


Figura 4. Arriba: el "Vaso de Berlín" muestra el funeral de un noble maya llamado Mak, "Tortuga", cuyo cuerpo exánime es rodeado por sus deudos, que lloran desconsoladamente. La otra escena muestra la osamenta de Mak, ubicada debajo de una pirámide; sobre los huesos se encuentran tres individuos, convertidos en árboles. Izquierda: detalle de la representación de dicho personaje y del texto glífico que señala su muerte.

actualmente forma parte de la colección del museo del Centro Cultural de los Altos, de San Cristóbal de las Casas, Chiapas (fig. 3). Agradezco a la restauradora Rocío Jiménez, directora del Centro Cultural, el haberme permitido tomar las fotografías que ilustran este artículo.

La pieza muestra a un personaje que está sentado sobre un mascarón del dios de la Montaña. Luce una capa y en el torso, vendajes similares a los que presenta Pakal. Es indudable que este portaincesario sirvió para honrar la memoria de algún antepasado ilustre, al que se le daban ofrendas de incienso. Otro ejemplo proviene del llamado "Vaso de Berlín", donde fue representado un noble fallecido que el texto glífico identifica como *Mak*, "(Señor) Tortuga". En este caso, el vendaje mortuario abarca todo el cuerpo del individuo, pero el diseño de los vendajes sigue siendo el mismo. (fig. 4)

Pero ¿qué papel desempeñó Pakal en estas ceremonias de entronización de su hijo? En el Tablero del Sol, Pakal ofrece al dios solar K'inich Ajaw Pakal (GIII) un pequeño trono, objeto sobre el cual se encuentra una estatuilla del llamado "Dios Bufón" y un pequeño escudo (fig. 1). Por su parte, Kan B'alam otorga al dios solar una estatuilla del Dios K'awiil (GII). En el Tablero de la Cruz Foliada, Pakal sostiene un punzón de autosacrificio decorado con la cabeza del llamado "Dios Perforador", entidad relacionada con la ofrenda de sangre sacrificial (fig. 5). Todo parece indicar que, Pakal transmitió el punzón a su hijo para que éste ofreciera su sangre a los dioses. En el Tablero de la Cruz, Pakal sostiene un plato decorado con la imagen del Dios Cuatripartita, de cuya fauce escurre un torrente de sangre, presumiblemente la ofrenda de Kan B'alam (fig. 6).

Este gobernante no fue el único descendiente

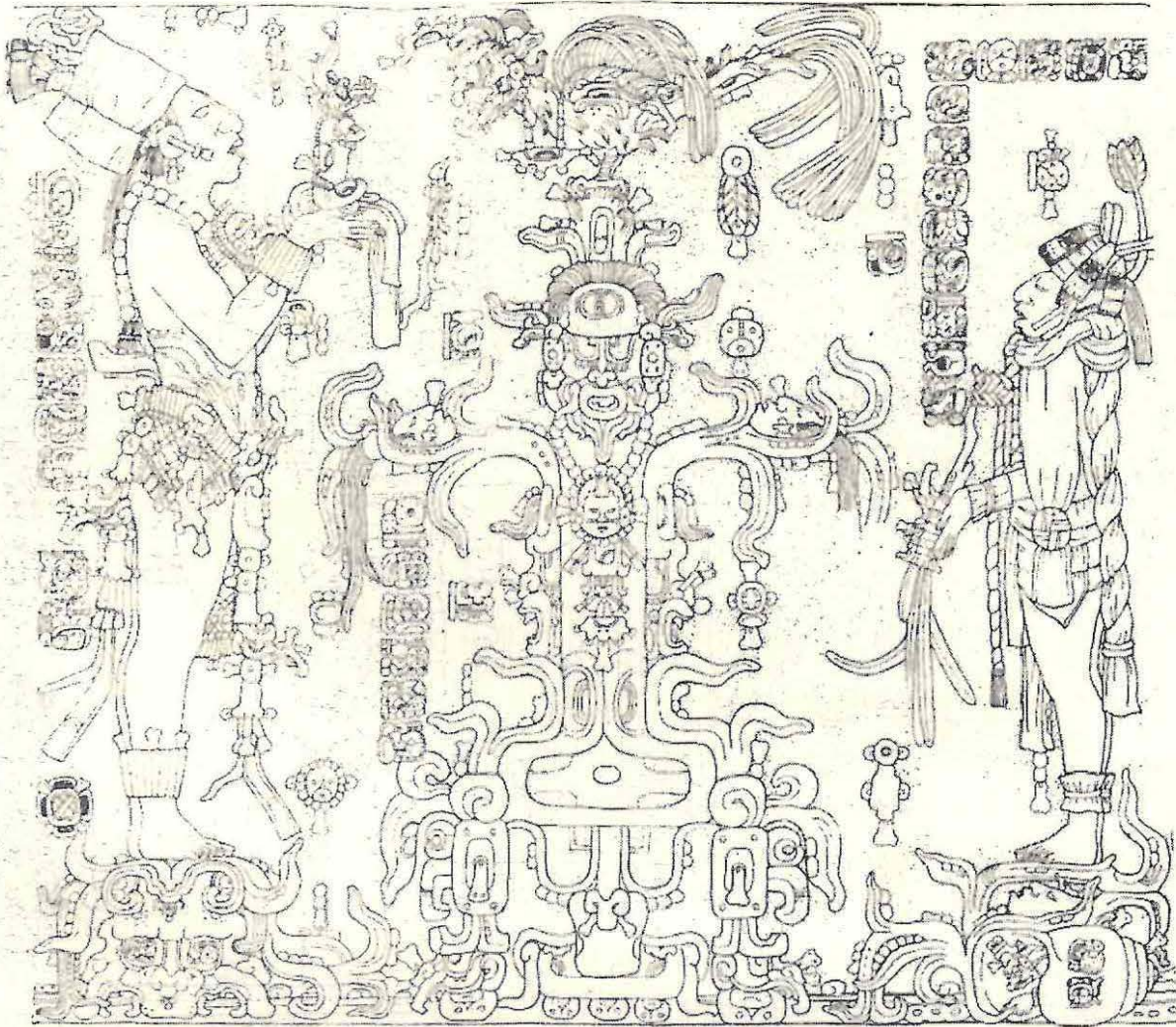


Figura 5. Ubicado en el lado derecho del Tablero de la Cruz Foliada, Pakal sostiene un punzón para el auto-sacrificio, en tanto que en el lado opuesto se encuentra Kan B'alam, parado sobre la Montaña del Maíz (*Witz Na'l*). Él ofrece una imagen del "Dios Bufón" a una representación divinizada de la planta del maíz, sobre la cual se yergue el dios Itzamnaaj, aquí representado bajo su aspecto de ave celeste. Este culto estuvo dedicado a K'awiil, dios del nivel terrestre y patrono de la agricultura. Dibujo de L. Schele.

de Pakal que lo siguió representado como un testigo viviente de sus ritos. En el Tablero de Dumbarton Oaks, labrado hacia el año 722, K'an "Joy" Chitam II, sucesor de Kan B'alam, fue representado en compañía de Pakal, su padre y de la señora Tz'ak-b'u Ajaw, su madre, cuando ambos ya habían fallecido. Tiempo después, hacia el año 736, Ahkal Mo' Naab', el gobernante en turno (y sucesor de Chitam II) mandó ejecutar un tablero que decoró un trono del Templo XXI, monumento donde la prestigiada figura de Pakal nuevamente fue incorporada (véase el número especial 1 del boletín LAKAMHA'). En la escena de esta magnífica escultura Pakal preside un

autosacrificio sangriento que realizaron su nieto, el gobernante Ahkal Mo' Naab' y el hijo de éste, U Pakal K'inich, el heredero al trono. En este caso, Pakal volvió a ser representado como portador y transmisor del instrumento de autosacrificio: una larga y afilada espina de mantarraya decorada con la imagen del "Dios Perforador". Los continuos retornos de Pakal II al mundo terrenal se sustentaron en complejas creencias religiosas que todavía no comprendemos cabalmente. No obstante, y al menos de manera superficial, podemos afirmar que el culto generado en torno a este notable personaje respondió a un

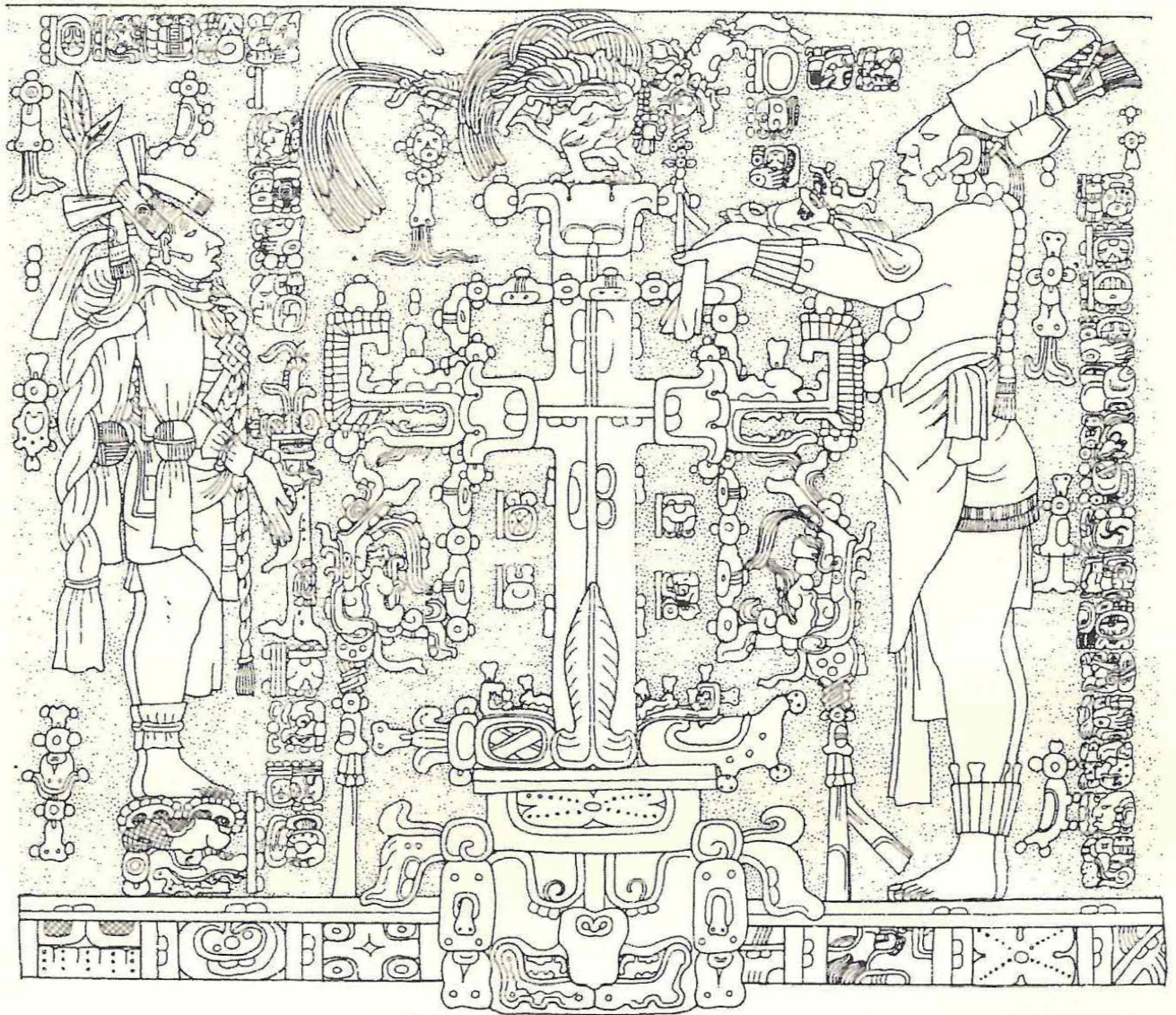


Figura 6. En el Tablero de la Cruz, Kan B'alam (derecha) y Pakal (izquierda) rinden culto a la seiba sagrada, misma que surge de un mascarón del llamado "Dios Cuatripartita", entidad que representó genéricamente a los platos y braseros utilizados para las ofrendas rituales, particularmente de aquellos que contenían la sangre sacrificial. Pakal sostiene una pequeña representación de dicha entidad, de la cual se derrama un torrente de sangre. Este culto fue dedicado a GI, deidad representativa del nivel celeste. Dibujo de L. Schele.

interés de la dinastía palencana por crear una figura dotada de un aura de sacralidad, un símbolo exclusivo de prestigio. Sin duda, la poderosa imagen del gobernante fallecido respaldó el poder político de sus sucesores. Esta estrategia fue diseñada por Pakal, quien al erigir el Templo de las Inscripciones heredó a la ciudad un santuario para su propia veneración. En la lápida de su tumba se mandó representar como el dios K'awiil, emergiendo del mundo subterráneo, regresando al mundo terrenal por la vía de la seiba sagrada y, bajo esta metáfora religiosa, seguir manteniendo un vínculo decisivo con sus descendientes.

¿Quieres recibir Lakamha' como un archivo pdf en tu cuenta de correo electrónico?

¿Tienes dudas o comentarios?

Lakamha@hotmail.com



Noticias:

• La exposición temporal “Piratas en Campeche” en el Museo de sitio Alberto Ruz L’Huillier

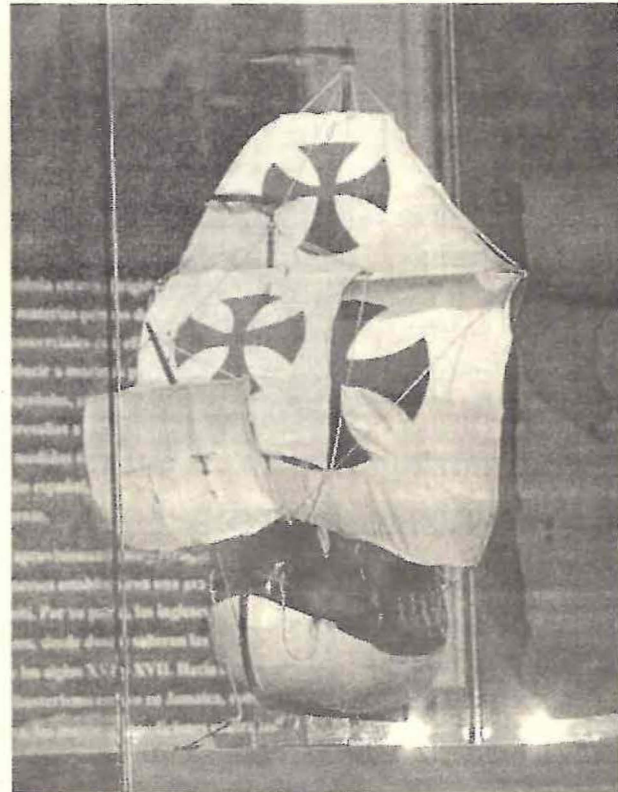
El Museo de Sitio “Alberto Ruz L’Huillier” de Palenque actualmente presenta la exposición temporal “Piratas en Campeche”, integrada por monedas, sa- bles, espadas y armas de fuego del periodo virreinal, además de reproducciones a escala de embarcaciones españolas. Estas piezas ilustran una época crítica en la historia colonial del puerto de Campeche, que fue constantemente atacado por los piratas, bucaneros y corsarios. La construcción de los grandes baluartes defensivos de Campeche testifica los temores de una ciudad constantemente amenazada por los llamados *perros del mar*.

Entre las piezas en exhibición destacan un cañón de bajo calibre, tipo de armamento que frecuentemente se usaba en las embarcaciones de la época. También sobresalen tres *trabuquines*, arma parecida a la escopeta que era producida en varias ciudades europeas y que en la América española se convirtió en un objeto altamente apreciado. Hay también cuatro *macuquinas*, monedas de plata acuñadas en la ciudad de México durante el siglo XVIII. Aunque los piratas siempre acechaban los cargamentos de metales preciosos que en su ruta trasatlántica viajaban de las colonias españolas a la metrópoli, lo cierto es que solamente se apoderaron de una pequeña parte de esas riquezas.

“Piratas en Campeche” estará en exhibición en nuestro museo hasta el día 31 de octubre de este año.



La exposición temporal “Piratas en Campeche” fue montada en el segundo nivel del museo Alberto Ruz L’Huillier y permanecerá abierta hasta el 31 de octubre del 2003.



Reproducción a escala de una carabela española.

• La Casa de las Artesanías del gobierno del Estado de Chiapas

Fundado en 1989, el Instituto de las Artesanías es un organismo público descentralizado de la administración pública del Estado de Chiapas. Fue creado con el objetivo de preservar, rescatar y fomentar la producción artesanal de las comunidades indígenas y mestizas de la entidad. Tal organismo encauza las mercancías directamente hacia el público, evitando con ello el intermediarismo y beneficiando tanto a productores como consumidores. Para lograr este propósito, el instituto cuenta con cuatro sucursales de La Casa de las Artesanías, establecimientos encargados de poner a la venta los productos. Una de esas tiendas se encuentra dentro de la unidad de servicios al público de la zona arqueológica de Palenque, muy cerca del museo.

Entre otros productos, La Casa de las Artesanías ofrece huipiles y tapetes tzotziles de San Andrés Larraínzar y San Juan Chamula, hamacas de Berriozábal, ornamentos de ám-



La Casa de las Artesanías canaliza la producción artesanal indígena y mestiza chiapaneca directamente al público consumidor.

bar de Simojovel, artesanías de madera y laca de Chiapa de Corzo, lapidaria y pirograbados de Palenque, y magníficas cerámicas de Amatenango del Valle.

También existen algunos productos comestibles que han comenzado a tener gran demanda, principalmente el café orgánico de Tapachula, Chilón, Yajalón y Palenque, así como el chocolate de mesa del Soconusco.

• Reconocimientos a custodios de las zonas arqueológicas de Palenque, Bonampak y Yaxchilán

A nombre del Etnlgo. Raúl Sergio Arroyo, Director general del INAH, el L.A.E. Juan Antonio Ferrer Aguilar, Director de las zonas arqueológicas de Palenque, Bonampak y Yaxchilán, entregó reconocimientos a los custodios Adelita de la Cruz de los Santos, Mélida Aulis Pimienta, Alejandra Montejó Zúñiga, Salustino Pech Jiménez, Jacinta Cabrera Cuj, Leonardo Méndez García, Felipe Arcos Díaz, Gonzalo Alcudia García y Pascual Vázquez Pérez por haber cumplido 15 años de servicio. También se hicieron mercedores de reconocimiento Carmen de la Cruz de los Santos, Manuel Jesús Caamal López y Alejandro Landeros Cárdenas quienes cumplieron 20, 25 y 30 años de servicio, respectivamente.

